Año V — BARCELONA 19 DE MARZO DE 1908 — Epoca 2.ª—Número 51

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º | Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

La Comuna de París

Las circunstancias que determinaron el movimiento de la Comuna de París eran, bien considerado todo, un hecho relativamente insignificante, el escaso vigor de la defensa por parte del gobierno y el abandono de un parque de artillería de que los Prusianos podrían apoderarse al entrar en París; pero eso fueron simples detalles. Francia estaba desunida; era necesario que los dos elementos opuestos se agrupasen francamente uno con otro en toda la sinceridad de sus aspiraciones, en toda la rectitud de sus voluntades. Tal es lo que hicieron los comunalistas de París, más conocidos, como todos los vencidos, por una denominación injuriosa, *communards*. Las condiciones de supremo peligro en que á la sazón se hallaba París eran á propósito para elevar los corazones: triplemente rodeada por las tropas alemanas, que ansiaban el saqueo; por las tropas francesas, que ardían en deseos de vengar las victorias germánicas con la sangre de sus compatricios, y por la masa de la nación francesa, que se hubiera lanzado voluntariamente sobre París, foco de incesantes revoluciones, la gran ciudad no podía esperar el triunfo, á pesar de la inmensidad de sus recursos. Para quien tuviera la menor noción de historia no podía ofrecer duda el resultado fatal del conflicto. Todos los que aclamaban la Comuna, viejos revolucionarios ó jóvenes entusiastas, sabían de antemano que estaban destinados á la muerte, y, como víctimas propiciatorias, por la nobleza de su sacrificio y por la amplitud de sus ideas, ostentaban una gravedad serena, que se reflejaba sobre la fisonomía general de París, y le daban en aquellos días de resolución viril y de completo desinterés un aspecto de majestuosa grandeza que jamás había tenido. Los mismos hombres enviados al poder obedecían en su mayor parte á móviles más elevados que los que impulsan ordinariamente á los ambiciosos de títulos, de honores y de influencia; también veían ante sí, pasado un plazo de algunas semanas ó de algunos meses, la inevitable derrota.

Condenados de antemano á una implacable represión, los hombres de la Comuna hubieran debido aprovechar aquel corto plazo de existencia para dejar grandes é incomparables ejemplos, para plantear, para más allá de revoluciones y contrarrevoluciones, una sociedad futura desembarazada del hambre y del azote del dinero; mas para iniciar semejante obra hubiera sido preciso concertarse en una voluntad común y poner en práctica un saber experimentado ya, lo que no era posible, porque los insurrectos de París representaban grupos muy discordes que forzosamente habían de obrar en sentido inverso unos de otros: unos sujetos todavía á accesos de romanticismo jacobino, otros que sólo tenían honrados intentos revolucionarios; únicamente una minoría se daba cuenta de que era preciso proceder con método á la destrucción de todas las instituciones del Estado y á la supresión de todos los obstáculos que impiden la agrupación espontánea de los ciudadanos. En resumen, la obra del gobierno de la Comuna fué mínima, y no podía ser de otro modo, puesto que en realidad estaba en manos del pueblo armado. Si los ciudadanos hubieran sido impulsados por una voluntad común de renovación social, la hubiesen impuesto á sus delegados; pero sólo les preocupaba la defensa: combatir bien y bien morir.

La falta principal que cometió el gobierno de la Comuna, falta inevitable, puesto que derivaba del mismo principio sobre el cual se había constituído el poder, consistía precisamente en ser un gobierno y en reemplazar é imponerse al pueblo por la fuerza de las cosas. El funcionamiento natural del poder y el vértigo de mando le llevó á considerarse como el representante de todo el Estado francés, de toda la República, y no sólo de la Comuna ó división territorial de París como tomando la iniciativa de invitar á una libre asociación á otras comunas, campos, villas y ciudades. De tal modo se contagió el nuevo poder con la locura gubernamental, que se creyó obligado á entrar en relaciones oficiales con los representantes de los Estados monárquicos europeos, olvidando su origen inmediato, la rebeldía: salido del pueblo, se imaginaba pertenecer ya á otra clase, la de los dominadores; pero el pueblo hablaba también por su boca cuando publicó el decreto que abolía la quinta, rompió sus lazos con el clero, devolvió las prendas empeñadas en el Monte de Piedad y las multas y retenciones de salario á los obreros y abolió el pago de alquileres por las habitaciones. ¿No era eso ya como un principio de sociedad comunista?

En París se vió por primera vez en el mundo lo que jamás ha tenido analogía en la historia; los Parisienses no odiaban al enemigo que les había tenido sitiados durante cinco meses, dejando en sus monumentos las señales marcadas con sus obuses. Los Alemanes acampaban todavía alrededor de los fuertes exteriores del Este, desde Saint-Denis hasta Villeneuve Saint-Georges, y no se odiaba á aquellas gentes que ejercían por mandato su oficio de soldados. El mundo, que tenía fijas sus miradas en París, vió con admiración que las ideas de la fraternidad de los pueblos, proclamadas por La Internacional, se habían convertido en una realidad viviente. Lo que literatos y artistas, Eugenio Pelletan (en *La Presse*) y Courbet, habían pedido en tiempo del Imperio, el derribo de la columna de Vendome, el pueblo de París lo quería efectuar á la presencia misma de aquellos á quienes el alto pilar recordaba sus derrotas. Cosa inaudita hasta entonces, los vencidos derribaron con entusiasmo el monumento de antiguas victorias, no para adular vilmente á los que acababan de vencerles á su vez, sino para atestiguar sus simpatías fraternales á los hermanos á quienes se había conducido contra ellos y sus sentimientos de execración contra los amos y los reyes, que, de una parte y de otra, conducían sus súbditos al matadero. Aunque la Comuna de París no tuviera más que ese hecho á su activo, merece ser colocada muy alta en la evolución de las edades contemporáneas.

Evidentemente, una sociedad nueva que obraba en tan completo desacuerdo con las antiguas políticas, no podía suscitar en el mundo rutinario de las clases gubernamentales más que un sentimiento universal de horror y de reprobación. Los miembros de la Comuna comenzaron por limitar su sueldo á lo más estricto, y continuaron comiendo modestamente en el bodegón de la esquina; los que habían sido tomados entre los obreros jornaleros continuaron su compañerismo con sus compañeros de trabajo, dejando á sus mujeres y sus hijas en sus talleres de costura, en los lavaderos ú ocupaciones ordinarias. Tal derogación de las tradiciones de todo gobierno que se respeta no podían perdonarse, y desde los primeros encuentros alrededor de París, el ejército regular no dejó de aplicar á sus prisioneros el nuevo código de guerra, que permite á todo militar arrogarse el derecho de muerte sobre todo paisano. A aquellas matanzas la Comuna respondió por un «decreto sobre los rehenes», que ejecutó tarde y sin arrostrar la responsabilidad completa, mientras que la matanza de los comunalistas continuaba alegremente alrededor de París; después, durante la «semana sangrienta», en las calles y en las casas, y por fin, pasados los setenta días, en los cuarteles y en las cárceles. El contraste entre las dos morales se manifestaba evidente: en tanto que los socialistas de París, respetuosos de la vida humana, se decidieron contra su voluntad y en virtud de legítima defensa á las represalias contra personajes de la casta enemiga, el asesinato de todo ciudadano de la ciudad rebelde era considerado como meritorio entre clérigos, jueces y soldados. Vióse un jefe del ejército del «orden», uno de los oficiales superiores que durante el Imperio había llevado la vida más vil, jactarse después cínicamente de haber elegido entre los prisioneros, designando para la muerte á todos los que tenían una cabeza noble, inteligente y digna; á los ancianos, porque habían obedecido á sus convicciones, á los más jóvenes, porque habían obrado por el entusiasmo que inspiran las cosas grandes.

Bien puede asegurarse: el objeto que se propusieron los conservadores con la represión de la Comuna fué operar una selección al revés, como se hizo en tiempo de la Inquisición, suprimiendo los hombres culpables de una inteligencia superior, de gran pensamiento y voluntad que no se acomodaban al embrutecimiento que ha de caracterizar á los súbditos obedientes. Esa selección de las víctimas favoreció al clericalismo español, que impidió, en efecto, á sus conciudadanos pensar y obrar durante trescientos años; en Francia no pudo proseguirse con bastante método para llegar á resultados tan decisivos, pero ha tenido consecuencias muy apreciables en la evolución histórica de la generación siguiente. ¡Cuántas veces, en circunstancias graves, se ha observado que faltaban hombres! En su conjunto, si el socialismo ha cesado en su carácter generoso, ferviente y humanitario, para transformarse en un partido político dispuesto á acomodarse á las intrigas de los parlamentarios, ¿no ha de buscarse una de sus causas en el hecho de haberle privado de sus mejores hombres? ¡Se le había herido en la cabeza!

Pero «nada se pierde», y si es cierto que la reacción pudo creer decapitada al fin «la hidra socialista», los acontecimientos de la Comuna, aumentados por el eco, se propagaron á lo lejos en las masas profundas de los pueblos como una garantía de emancipación y libertad. En todas partes, hasta en el fondo de las prisiones rusas y de las minas de Siberia, renació la confianza en el porvenir. La historia de París proclamando la fraternidad de los hombres, tomó proporciones épicas.

ELÍSEO RECLUS

(De *El Hombre y la Tierra*, c. XVII, t. V.)

RÁPIDA

Ensimismado en profundos pensamientos, salí una tarde de otoño con dirección á la campiña, ansioso de aspirar el aire puro y saludable.

Voy hacia adelante, contemplando extasiado el hermoso panorama de la Naturaleza. Allá, lejos, mi cansada vista divisa, encorvados sobre el suelo, á varios campesinos, entregados todos á la ingrata tarea de producir lo que otros consumen.

Apresuro mi marcha y me dirijo hacia el sitio en que aquellos desgraciados se encuentran.

—¡Buenas tardes, compañeros!—les digo apenas llego.

—Para algunos, quizás lo sean—me responde uno de ellos,—mas para nosotros, que empuñamos este azadón desde que nace el día hasta que obscurece y que sólo ganamos un mezquino é irrisorio jornal, que apenas podemos reparar las fuerzas que nos roba el trabajo, mal podemos decir que son buenas.

Callé. Con el alma destrozada y ardiendo en ira me alejé lejos de allí, sin hacer la menor objeción á tan lamentables, pero verídicas palabras.

¡Y pensar que el que todo lo produce ha de encontrarse á merced de esta hipócrita burguesía que nada hace!

CÁNDIDO JERINGÁN

Utebo (Zaragoza).

Gentes honradas...

PERSONAJES

Ramón: 30 años, carpintero.

Carmen: 25 años, mujer de clase humilde.

(Lugar de la escena, una vivienda pobre en los arrabales de una ciudad. En el centro de la habitación se ve una mesa de cedro, y á la izquierda una cuna con un niño que duerme. Sobre el pequeño velador, varios frascos conteniendo brevajes medicinales de preparación casera. En un estante del rincón hay libros y periódicos. Al comenzar la escena, Carmen dormita junto á la cuna, con la mano abandonada sobre la cabecera. Son las siete de un anochecer tardío y nebuloso, como esperanza de presidiario. Ramón vuelve del taller).

Escena única

(El carpintero entra, fatigosamente distraído; arroja con violencia su sombrero sobre la mesita, como libertándose de una carga demasiado molesta, en tanto que su rostro adquiere cierta expresión de angustia y rabia á la vez, y un gesto amargo contrae por un instante su figura, apenas disimulada en la indecisa penumbra del tugurio).

Ramón.—¡Vaya una vida! (Con el doble cansancio de la faena y de la caminata, deja caer su cuerpo, lleno de pesadez, sobre la silla, y sujetando con ambas manos la cabeza, prematuramente envejecida en los talleres, lanza un fuerte suspiro). ¡Malhaya! ¿Cuándo irán á concluir estas estériles fatigas? Sí, estériles, porque á mí ningún beneficio me proporcionan, como no sea los tormentos de este vivir detestable. ¡Ah; siempre lo mismo! De casa al taller; del taller á casa. Eternamente la misma vuelta, igual que las mulas de tahona. ¡Malhaya! (Pausa). ¿Por qué me habrá negado el gerente ese pequeño anticipo? ¿No cumplo con mis obligaciones de obrero?... ¡Demasiado! ¿Acaso no me deben diez veces más de lo que yo he pedido?

Carmen.—No te aflijas, Ramón. (Habla en voz baja, con triste dulzura, adelantándose hacia él, después de haber estado observándole desde su llegada). Lo de siempre, ¿verdad? Pues no te aflijas, Francisco, ¿sabes? el zapatero vecino, me ha prestado hoy un peso: mañana, Dios dirá...

Ramón.—(Levantando la cabeza). ¡Ah! ¿estabas ahí? Ando como atontado...

Carmen.—¿Qué te pasa, hombre? ¡Vaya por Dios! Siempre reniegas. Demasiado tenemos con nuestra mala suerte. No te aflijas. El zapatero...

Ramón.—¡Ah! ¿Sí, eh? Un peso... ¡Yo no quiero vivir de limosna, venga de donde venga! ¿Dios? ¿Dios va á remediar nuestra situación? ¡Quita de ahí! Nada tiene que ver Dios con nuestras cosas, ¿oyes? Ya estoy cansado de repetírtelo.

Carmen.—¡Vamos! No te enfades... Ni siquiera has preguntado cómo sigue la criatura.

Ramón.—(Cambio brusco). ¡Pobrecito! (La faz del exacerbado jornalero, á esta nueva idea, familiar ya, pero suplantada á ratos y atardida en el torbellino de las otras, se transforma por completo. El relieve taciturno de su fisonomía acentúase, á pesar de que sus ojos brillan como animados por una súbita lumbre). ¡Pobrecito! (á Carmen). ¿Ha tenido mucha fiebre hoy?

Carmen.—No... Y ha pasado muy tranquilo la tarde.

(El pequeñuelo, en el descenso de la febricencia producida por la enfermedad que le ha hecho enflaquecer hasta el peligro, duerme trabajosamente, respirando con ruidoso diapasón, en la tarea de sus dolientes pulmoncitos de ave).

Ramón.—¡Maldita pulmonía! Lo que es por falta de ropa no se enfermará otra vez la criatura .. El jornal es escaso, sí, muy escaso, pero... ¡estoy dispuesto á robar, con tal de que el chico vaya bien abrigado!

Carmen.—¡Jesús! (Exclamación de reproche, mientras une las manos en ademán piadoso(. ¿Te enloqueces, Ramón?

Ramón.—No, Carmen, no me enloquezco. Es que voy apreciando las verdades, ¿entiendes?

Carmen.—Pero dices unas cosas... ¿No hemos vivido hasta hoy honrados, como nuestros padres, y felices á pesar de nuestra desgracia?

Ramón.—¡Honrados! ¡Felices!... Felices, con la felicidad de nuestros afectos, que es mucha, ya lo sé; pero nada más; muy poca cosa, si se compara con la dicha que nos deben...

Carmen.—¿Y quién es el que nos debe? ¿Qué es lo que quieres decir?

Ramón.—¡Ah! No comprendes... Los honrados, los otros honrados nos deben. ¡La honradez! Ya me voy percatando de lo que significa la honradez. ¿No te lo he dicho? ¿Por qué tiene empeño todo el mundo en que se le reconozca honrado? ¿No basta con ser hombre, con vivir como deben vivir los hombres? ¡Ah, no! Hay que manifestarse honrado para poder mixtificar al prógimo con mayor facilidad, suelta y descaradamente. Los poderosos, los fuertes, para explotar, para mentir, para atiborrarse de satisfacciones sin esfuerzo ninguno, para gozar á costa de los otros. Los débiles, los pobres, los andrajosos, las bestias, gente desgraciada que rehusa su dignificación, que está á obscuras, desunida ó mal unida, porque no se ven los efectos de su fraternidad, todo ese rebaño de miserias errantes tiene que ser honrado para sufrir sin chistar las explotaciones, las injusticias, las iniquidades del amo y del capataz, del cacique y del verdugo, ¡de todo el que se sienta con un átomo de poderío! porque de lo contrario, ¡ay de ellos! para todo existen leyes. . Hay que ser honrado, ó, lo que es igual, sumiso; porque para tener honradez, necesario se hace el cargar á la espalda con la bolsa de todos los acatamientos. ¿Comprendes? Nosotros tenemos que soportar la nuestra y la de los que nos esquilman. El almacenero de la esquina, que te engaña en el peso de lo que le compras, y el buen propietario que con los alquileres que le rindes, acumula, en poco tiempo, lo que la finca le cuesta; esas dos personas que te roban legalmente, honradamente, son personas muy dignas, ¿no es eso? ¡Si está más claro que el agua de un manantial!

Carmen.—¡Ah, Ramón, Ramón! Cuando no se tiene paciencia...

Ramón.—¡Paciencia! ¡Otra hermosura! La paciencia tiene sus límites, mujer. De paciencia no se vive; con ella lo que se hace es sufrir para que edifiquen fábricas los honrados, los que no tienen paciencia para esperar cuando faltamos